

LOS GUERREROS CHINOS

Aproveché mi condición de “amigo del museo” para participar, de forma gratuita, en una visita a la exposición que el MARQ (Museo Arqueológico de Alicante) había organizado con motivo de la cesión temporal de varias esculturas de “Los guerreros de Xian” por parte del gobierno de China.

Me pareció increíble el perfecto estado de las esculturas, los cuidados rostros, las expresiones, tan distintas en unas y otras. Las armas, asimismo, parecían haber sido sacadas recientemente de un almacén, tal era el buen estado de conservación en que se encontraban.

Las magníficas explicaciones de un guía que se había documentado en profundidad hicieron que la visita uniera, a su amenidad, una serie de conocimientos sobre esta civilización difícil de obtener por otros medios.

Mi curiosidad por las esculturas no solo tenía su origen en el interés por ver algo que, de otro modo, me hubiera resultado imposible, dados diversos condicionantes de salud que me dificultan visitar China. Estaba muy interesado, también, porque en aquellos días estaba participando junto a mis nietos, en un taller de iniciación a la cerámica.

De modo que, durante la visita al museo, estudié todos y cada uno de los detalles que componían las armaduras, las curvas de los rostros, la posición de las manos empuñando las armas... en fin, todo aquello que me pareció interesante consultar a Teula, nuestro profesor de cerámica, pues me parecía que, a la vista de la dificultad extrema de aquellas esculturas, mi aprendizaje de alfarero se encontraba bajo mínimos. Si difícil me resultaba conseguir un sencillo plato en el torno, ni me imaginaba cuanto entrenamiento y tiempo se podría haber dedicado a cada una de aquellas figuras.

Con estos pensamientos, accedí con mis nietos al garaje para dirigirnos, en mi automóvil, al taller de alfarería, ubicado en el cercano pueblo de Agost.

El panorama, durante el trayecto, me pareció desolador. La gran cantidad de fábricas que se dedicaron un día a la elaboración de tejas, ladrillos y otros materiales cerámicos para la construcción, había disminuido considerablemente.

A uno y otro lado de la carretera aparecían naves abandonadas, cuando no totalmente desvalijadas, en las que habían desaparecido incluso tejas, puertas, ventanas...Montones con restos de material cerámico aparecían vertidos por doquier.

Gran parte de las cerámicas que habían logrado sobrevivir a aquello que se dio en llamar “boom del ladrillo” habían dirigido parte de la producción a elementos decorativos o de uso doméstico, como platos, ollas, huchas y similares.

Al llegar a la fábrica donde tenía lugar el taller de alfarería, advertí en el exterior una situación menos angustiosa que la que me había precedido en el viaje, con las naves en un aceptable grado de mantenimiento y en cuyo derredor era visible un cierto nivel de actividad.

Pasamos junto a las enormes acumulaciones de tierra arcillosa dispuestas para ser tratada y conducida a las balsas de decantación para obtener la materia prima necesaria para elaborar las piezas cerámicas y nos dirigimos al taller a través de una habitación semioscura, con el suelo ocupado por varios recipientes de goma que contenían la “barbotina”, necesaria para la unión de las distintas piezas que componían un objeto cerámico.

Cuando llegamos al taller, sobre la mesa había varias de las piezas elaboradas por nosotros el día anterior. La mayoría estaban cuarteadas. La causa, según nos explicó Teula, nuestro profesor, había sido la súbita elevación de las temperaturas durante el oreado, como

consecuencia de la ola de calor proveniente de África, que había secado demasiado rápidamente las piezas, provocando su contracción y posterior rotura.

Teula se mostraba consternado, pero, como era una persona optimista, nos indicó que buscáramos las que parecieran estar en mejores condiciones, al objeto de intentar recuperarlas. A tal objeto ya disponía, junto a él, de varios recipientes conteniendo pellas de arcilla y barbotina.

Nos pusimos manos a la obra y mientras intentábamos obtener algún resultado, le pregunté por la situación del sector, habida cuenta de que había quienes hablaban de su recuperación, en tanto que otros auguraban un nuevo estallido de la “burbuja inmobiliaria”, al advertir un repunte excesivamente rápido en la actividad de la construcción.

Me habló de los temores de los empresarios del sector a causa de la cantidad de productos que tenían almacenados y sin previsión de poder sacar al mercado. No quiso aclararme, aunque debo reconocer que tampoco me interesé, a qué tipo de productos se refería exactamente, deduciendo por mi cuenta que se refería a los clásicos ladrillos o bloques, ya que respondía con evasivas o sacaba a colación algún asunto relativo al desarrollo del cursillo. Realmente obraba como si, en lugar de estar afectado por la situación, me estuviera contando una historia en la que él no tenía protagonismo alguno.

Tras aquella conversación, aunque trabajamos con el entusiasmo de siempre, advertí en Teula que su locuacidad habitual era sustituida por monosílabos o breves apuntes, nada parecido a días anteriores en los que nos parecía estar ante una enciclopedia parlante, tal era la profusión de explicaciones con las que atendía cada una de nuestras dudas.

Transcurrieron las horas de la clase y pudimos rescatar alguna de las piezas rotas que llevamos a la zona más lóbrega de las instalaciones, donde se depositaban los objetos de más valor y que precisaban secarse con mayor lentitud. Dispuestas las piezas sobre tablas, las cubrimos concienzudamente con grandes trozos de plástico, al objeto de conseguir preservar la humedad durante el mayor tiempo posible. Hubo, no obstante, una zona en la que no nos permitió entrar, aludiendo que la fragilidad de los objetos cerámicos que se estaban tratando allí aconsejaba limitar el acceso, exclusivamente, a los profesionales.

Una vez dejamos ordenado el lugar de trabajo, nos despedimos hasta el día siguiente. La vuelta a casa transcurrió casi sin percatarme del tiempo, pensando en todo aquello de lo que habíamos hablado con relación a la situación económica del momento.

La prensa diaria me esperaba sobre la mesita del salón y, ya en primera plana, una fotografía de varios edificios en construcción y un enjambre de grúas, ilustraba un artículo cuyo titular “Repunte en la construcción” resumía el contenido del escrito en el que su redactor parecía estar convencido de la bondad de la etapa económica.

Sin embargo, en mi mente no cesaban de dar vueltas las ideas de “boom”, “estallido”, “burbuja”.

Como dándome la razón, en una página interior, el presidente de Banca Ghandó, a quien yo había conocido con anterioridad, cuando prestaba servicios en otra entidad financiera, se expresaba con cinismo respecto al asunto de las hipotecas, rechazando la idea de que las entidades bancarias asumieran los costes, como habían reflejado las últimas sentencias del Tribunal Supremo.

Hablaba también con escasa empatía acerca de aquellas personas que, afectadas por la mala racha económica, habían dejado de pagar sus hipotecas y cuya situación, en cuanto a vivienda, se encontraba pendiente de un hilo, ante la amenaza de los bancos, relativa a la ejecución de embargos por impago de las mensualidades de los préstamos.

Un nuevo artículo, en un rincón del periódico, me hizo dar un respingo. Hablaba de la fábrica en la que yo estaba realizando mis prácticas como ceramista. Hacía referencia a la mala situación en que se encontraba como consecuencia del robo que había tenido lugar en la zona donde se guardaban las piezas más valiosas, tal vez aquella en la que Teula no nos había dejado entrar.

Recordé, sin poder evitarlo, el trágico resumen de suicidios durante la anterior crisis económica, la nula reacción del gobierno de turno y la implacable actuación de la banca, cuando por todos era reconocida su falta de ética, tanto a la hora de conceder hipotecas, buscando el negocio rápido, como a la hora de ejecutarlas por impago, con nula consideración a las circunstancias personales y familiares de los afectados.

Afortunadamente, el resto de las publicaciones de la prensa hacía referencia a la buena situación en que se encontraba el sector de la restauración y hostelería, con ocupaciones rayando el cien por cien. Situación empañada, sin embargo, por la estacionalidad del empleo y los bajos salarios que, pese a reproducirse año tras año, no había encontrado una respuesta adecuada, tanto legislativamente como por parte de los empresarios.

Abandoné la lectura, dispuesto a refugiarme en mi taller-estudio y olvidarme un poco de los problemas ajenos, no por desconsideración hacia ellos, sino para intentar encontrar un poco de serenidad. De modo que les pregunté a mis nietos: “¿Queréis que bajemos al taller?”

No hube de repetirlo dos veces. Tanto el mayor, Manuel, como el pequeño, Diego, gritaron al unísono: “¡Siiiiii, abuelo!”. Y sin más, emprendimos el camino.

Abrimos la persiana metálica y la puerta de acceso, entrando en el local. En mi caballete esperaba el lienzo que inicié días atrás. Pasé suavemente un dedo por varias zonas y comprobé que el óleo ya estaba seco, por lo que podía seguir para ir completando una nueva capa de pintura.

El cuadro reflejaba una escena rural de cualquier sitio de España. Una valla de piedra cuyo estado de mantenimiento era notoriamente deficiente, unos árboles que sobresalían de la valla ocupada, en parte, por enredaderas silvestres mezcladas con otras de jardín, un camino con rodadas de carro y hierba en la que algunas florecillas se empeñaban en prestar su color al desvaído y apagado de los arbustos secos.

Mi nieto Manuel, que seguía mis movimientos, preguntó: “¿volveremos otro día a la cerámica?”

Su pregunta me hizo volver a la realidad y le respondí: “si te gusta, claro que volveremos”.

Ambos, Manuel y Diego, se dedicaron a revolotear a mi alrededor mientras yo, tras un buen rato mirando el cuadro desde diversos puntos y pese a haber dispuesto varios colores sobre la paleta, comprendí que no era el momento de dedicarme a la pintura. Mi mente seguía preocupada por las nubes que iban apareciendo sobre la economía, no solo por la propia actividad económica, también por las amenazas surgidas a raíz de las declaraciones del Sr. Trump sobre las subidas de aranceles que podían afectar gravemente a nuestros productos agrícolas, así como las del líder de China, amenazando con actuar de igual modo contra el comercio de EEUU.

En aquellos días, por si fuera poco, tras largo período de gobierno provisional en España, las nuevas elecciones ocupaban continuamente los telediarios y, en especial, los debates televisivos entre los líderes de los grandes partidos cuya opinión generalizada era más bien negativa, debido a su demostrada incapacidad para llegar a acuerdos que propiciaran la estabilidad y aprobación de presupuestos, tan necesarios para relanzar la economía y reducir la enorme cantidad de desempleados.

Sin embargo, tanto Manuel como mi otro nieto Diego no tenían por qué aburrirse con estas cuestiones, aún no comprensibles para ellos, de modo que decidí volcar mi atención en distraerlos.

“Abuelo” dijo Diego *“vamos a jugar, primero al fútbol y después a tenis de mesa. Tú y yo contra Manuel y la abuela Marta”*.

“De acuerdo, respondí, pero cuando un equipo meta diez goles cambiamos de pareja y después descansamos un poco, antes de jugar al tenis de mesa”.

“¡Vale, abuelo, vale!” respondieron ambos al unísono. Llamaron a su abuela y, tal como habíamos hablado, estuvimos jugando hasta que llegó la hora de la cena y subimos a casa.

Su padre, Raúl, estaba esperándonos. Sabiendo su interés por la arqueología y suponiendo que desconocía la exposición del Marq, le dije: *“He estado viendo una interesante exposición sobre Los Guerreros de Xian, ¿La has visto?”*.

“No, pero me gustaría”

“¿Qué te parece -indiqué- si mañana vamos a verla, mientras tu madre se hace cargo de los niños? A mí no me importaría repetir la visita, Es muy interesante y tenemos la posibilidad de contar con un guía, formando parte de un grupo reducido de visitantes”

“¡Perfecto, papá!”, respondió.

Acordamos la hora de la visita y, tras la cena, nos despedimos.

Al día siguiente, le esperé en la puerta del Museo. Compré su entrada, puesto que, en mi condición de Amigo del Museo tenía entrada gratuita durante todo el año y todavía no había hecho uso del bono para visita guiada.

El guía que nos asignaron era el mismo que dirigió mi anterior visita, lo que me aseguraba la posibilidad de hacer algunas preguntas y confirmar detalles que no tenía muy claros.

Como esperaba, obtuve del guía respuesta a mis dudas. Estaba disfrutando de la visita, cuando Raúl, mi hijo, inquirió dirigiéndose a él: *“¿El material del que están construidas las esculturas es posible que sufra algún tipo de deterioro debido al ambiente?”*.

Éste, extrañado por la pregunta, respondió: *“¿A qué se refiere?”*

Mi hijo señaló al suelo donde, alrededor de una de las figuras, aparecían partículas de tierra o algo similar.

Se agachó el guía junto a las esculturas y, cogiendo entre los dedos pulgar e índice aquellas partículas las restregó entre ellos, diciendo: *“Parece arcilla, ¡qué extraño!”* para, seguidamente, pasar la mano por la cabeza de una de ellas lo que llenó, también, su mano de partículas similares.

“Lo lamento -dijo seguidamente- pero me temo que debemos suspender la visita” y dirigiéndose a mi hijo y a mí nos indicó: *“Ustedes dos, por favor, quédense un momento conmigo”*.

Llamó al gerente del museo, que se personó inmediatamente en el lugar y, a la vista de lo sucedido, ordenó el cierre inmediato de la sala, así como solicitó la presencia del arqueólogo jefe quien, tras revisar las esculturas, pronunció una frase que cayó como una losa sobre quienes estábamos allí. *“Me temo que hemos sido objeto de un robo. La escultura del jefe de los guerreros es una copia insuperable del original. Debemos llamar a la policía”*.

El cierre de la sala, pese a haberse llevado a cabo con la mayor discreción no pudo eludir, según se supo después, que alguno de los componentes del grupo de visitantes avisara al periódico local, uno de cuyos redactores apareció en el mismo momento en que lo hacían varias dotaciones de la policía científica.

El gerente del museo saludó a D. Herminio Pérez, inspector jefe del equipo investigador, al que ya conocía y le presentó al guía del museo. Refiriéndose a mi hijo y a mí, indicó: *“Estos señores D. Raúl Narváez y su padre D. Fernando participaban en la visita y el joven, Raúl, es quien advirtió la anomalía que nos ha llevado a descubrir esta incidencia que, como usted puede comprender nos coloca en una grave situación con relación a China, puesto que esta exposición temporal solo fue posible gracias a largas y costosas intervenciones diplomáticas. De no obtener resultados en la investigación, nuestra reputación sufrirá un gran varapalo y la confianza en la seguridad del MARQ caerá, impidiendo que podamos traer nuevas exposiciones de otros países. Ello -añadió- sin contar la millonaria indemnización que se tendría que pagar la compañía de seguros, lo que encarecería considerablemente la prima de la póliza”*

El inspector, dirigiéndose a mi hijo y a mí, indicó: *“Como ustedes comprenderán lo ocurrido es de extrema gravedad, no solo por el robo en sí, sino por las circunstancias que lo rodean y que tan claramente ha explicado el señor gerente. Debo pedirles que estén a disposición de nuestro equipo y aporten toda la información que puedan”*.

Obvio es decir que mi hijo y yo nos encontrábamos superados por los acontecimientos, al no haber participado jamás en algo de tal naturaleza. Mi hijo, no obstante, rápidamente se puso en situación y, como sin dar importancia, me dijo: *“Papá, ¿no habías tenido recientemente contactos con un ceramista, cuando acompañaste a los niños a Agust?”*

“Cierto -respondí- pero se trata de un profesional que da clases en algunas horas del día, cuando su trabajo en la cerámica se lo permite y no he visto allí ninguna obra cuya calidad pueda compararse con las esculturas de este caso”.

El inspector jefe, al escuchar nuestros comentarios, solicitó que le pusiéramos en contacto con la persona de la que hablamos. Saqué de la chaqueta mi teléfono móvil y busqué el número del ceramista. Una voz mecánica respondió: *“El número al que llama está desconectado o fuera de cobertura”*.

Llamé de nuevo, esta vez al teléfono de la cerámica donde habíamos realizado el curso y al preguntar por el ceramista, el encargado indicó: *“Este señor fue contratado exclusivamente para realizar cursos de cerámica durante los días en que los trabajadores estaban de vacaciones. Se marchó sin despedirse y ni siquiera ha retirado de su taquilla los objetos personales”*.

Pasé el teléfono al inspector, que se identificó y solicitó al encargado que cerrara bajo llave la taquilla hasta que el equipo de investigación se personara. Seguidamente nos indicó que estaría en contacto con nosotros para transmitirnos sus avances y pidió que intentáramos recordar cualquier dato que pudiera ser útil para la investigación.

Días después, don Herminio nos citó en la comisaría. Sentados frente a él, en su despacho, nos ofreció un café y pasó a explicarnos el resultado de las pesquisas.

De las huellas y ADN obtenidos de los objetos que dejó en la taquilla de la cerámica se obtuvo información sobre Teula, que era, en realidad, Xavier Clay, un reputado falsificador especialista en trabajos de porcelana antigua, al que se seguía la pista desde hacía años, pero que siempre había conseguido eludir a la policía. Se había determinado que la fábrica de cerámica nada tenía que ver con las actividades delictivas de Clay, pero había conseguido averiguar que éste tenía la costumbre de hacer sus obras en piezas fácilmente transportables que, más tarde y en lugar ya seguro, unía para completarlas.

Nos despedimos del inspector y, de camino a casa, me vinieron a la mente las pesadas cajas, aún sin abrir, que me enviaron desde la cerámica. En ellas, según me dijeron, Clay había puesto los objetos que, durante nuestro cursillo, habíamos dejado para que se cocieran en el horno.

El camino se hizo eterno hasta que llegamos a casa y, con ayuda de mi hijo abrimos ambas cajas. Nuestro asombro fue mayúsculo. En una de ellas descubrimos la cabeza y las manos de un Guerrero de Xian ; en la otra el tronco y ambos brazos. Todo estaba perfectamente envuelto en plástico de burbujas. Se advertía que, por algún procedimiento, la figura había sido despiezada por las zonas de articulaciones, sin sufrir daño aparente. ¡Eran piezas originales, sin duda!

Dada la importancia del hallazgo y la imposibilidad de trasladar las cajas personalmente, debido a su peso, llamé inmediatamente por teléfono al inspector jefe Pérez dándole la noticia, que debió impactarle puesto que, durante unos segundos, el auricular no emitió sonido alguno para, seguidamente, exclamar: *“¡Maldito bastardo! ¡Quién iba a suponer esta jugada!”*.

No habían transcurrido apenas unos minutos y el aullar de las sirenas aproximándose anticipó la llegada de numerosos policías dirigidos por el inspector jefe quien, rápidamente, dio las órdenes oportunas a la brigada científica para que comprobara, al milímetro cada una de las piezas, así como las cajas y el resto de contenido. También tomaron las huellas digitales mías y de mi hijo, para poder diferenciarlas y separarlas de la investigación momentáneamente, puesto que, según nos dijeron, salvo posteriores datos nada parecía indicar que ningún miembro de mi familia estuviera implicado

La cuestión que se planteaba, ahora, era ¿dónde estaba el resto de la figura? ¿Habría implicado a otras personas el delincuente Clay para enviarles el resto? Estas preguntas, que tanto nosotros como el inspector Pérez nos planteábamos, solo podían tener respuesta desde la fábrica de cerámica que me había enviado las cajas y hacía allí se decidió orientar la investigación.

El inspector esperó a que las cajas fueran transportadas a una sala del MARQ que había sido habilitada, a petición suya, no solo para completar la investigación, también para comprobar la integridad de la escultura y la posibilidad de su restauración, si aparecían las partes aún no encontradas.

Aproveché para exponerle algunas ideas que habían germinado en mi mente, a partir de retazos de conversación y actitudes que había observado en el ceramista Clay. Le dije: *“Recuerdo que, cuando estuvimos visitando las diversas zonas de la cerámica, puso especial interés en que no entráramos en una zona en la que, según decía, se almacenaban las piezas más delicadas y, también que-antes de entrar en una de las clases- le vi alejarse de la zona en que se vierten las piezas que se rompen en el horno. Tal vez allí pueda encontrar algún indicio”*

No pareció, el inspector, aceptar de buen grado mis indicaciones. Molesto, quizá, porque pensaba que estaba entrometiéndome en su labor, de su garganta solo salió un gruñido, aunque, poco después manifestó: *“Sí, a veces en los sitios más impensados podemos encontrar pistas. Sería deseable que pensara Vd. en todo lo sucedido en los días en que acompañaron al ceramista”*.

Aquella fue la última vez en que tuve ocasión de entablar conversación con el inspector. Días más tarde, a través de la prensa local, pude obtener noticias relativas a una macro inspección realizada en la cerámica y el vertedero de la que se obtuvieron pruebas fehacientes de la actividad delictiva , como una máscara de silicona y varios trozos de arcilla de gran calidad, en la que se habían realizado pruebas , comprobando que no se correspondían con la que la cerámica utilizaba de modo habitual.

Asimismo, en el Museo se llevaron a cabo inspecciones que llevaron a la conclusión de que el ceramista no había actuado sólo puesto que, en el almacén, junto a las piezas destinadas a restauración, una enorme caja ocultaba en la pared un boquete que, según se pudo ver, se hizo aprovechando las obras que se estaban realizando en el edificio contiguo, del que el muro separador era de poco espesor debido, sin duda, a que ambos formaban parte de un solo edificio que, con anterioridad, estaba destinado a hospital.

En cuanto al famoso ceramista delincuente, tuvo un final trágico. Había sido cursada una euroorden contra él y, huyendo de la policía de Polonia, su coche cayó por una cantera en la que, casualmente, se estaba extrayendo mármol destinado a crear réplicas de estatuas de Los Guerreros de Xian, siendo aplastado por un bloque de este material.

Las buenas relaciones diplomáticas con China y el hecho de que se hubiera recuperado buena parte de lo sustraído, así como la cuantiosa indemnización pagada por la compañía aseguradora del museo disiparon relegaron este incidente al olvido.

En fin, aquél fue un verano movido, lleno de experiencias que, seguramente, mis nietos utilizarían en la escuela para contar las aventuras del abuelo, la policía y el ceramista.

Mientras se presenta de nuevo la ocasión de volver a disfrutar de mis nietos, en mi espacio de trabajo he dispuesto una leja sobre la que descansan los cerditos hucha y los tazones que nos enseñó a hacer el difunto Clay, un ceramista excelente, pero que había elegido el camino de la delincuencia para enriquecerse.

FIN

Francisco Luis Navarro Albert.

Narración finalista en el X Certamen Narración Ciudadanos Mayores, de CIMA